

# LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

F. J. Kerkhof

En la segunda carta a Timoteo, el apóstol Pablo se despide de su discípulo quien ya entonces se había convertido en maestro. Ya no se verán ni hablarán más entre ellos antes que se cumpla lo que Pablo expuso en su primera carta a los Tesalonicenses (4:13-18): el retorno del señor y el ir juntos a su encuentro en los aires, para así estar siempre con el Señor. Escribiendo entonces en el cap. 3, como sigue: "Pero persiste tú en lo que has aprendido, y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". (Vs. 14-17)

Como nuestros lectores pueden comprender, Pablo **aquí** no desarrolla uno u otro dogma acerca de la autoridad de las Escrituras, sino que amonesta y estimula a Timoteo a regular su vida conforme a la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Nada de teorías, sino ser obediente a las Escrituras, las cuales pueden hacer sabio, y no así las teorías y opiniones. Por lo cual, más adelante -consciente de que la Palabra es la Verdad- le insta de esta forma: "... que prediques la Palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina..." (4: 2).

Lo que tuvo validez para Timoteo, sirve también para nosotros. La Biblia nos habla a todos nosotros con autoridad. La Palabra debe ser creída y obedecida. No es la iglesia quien pronuncia la última palabra, sino las Sagradas Escrituras. En la primitiva iglesia cristiana, la autoridad de las Escrituras fue algo inquebrantable y seguro, pero bajo la dirección de la tendencia escolástica se introduce un cambio en este punto. Así en el Concilio de Trento (1545-1563) se estableció que la iglesia tiene primacía sobre las Santas Escrituras; y a la versión *Vulgata* se la declaró única traducción válida. Asimismo, el derecho de exposición de las Escrituras descansaba exclusivamente en el Papa; y a los libros apócrifos se les atribuía igual autoridad que a los canónicos. El Concilio Vaticano de 1870 completó la degradación de las Escrituras mediante la declaración de la infalibilidad del Papa como pastor supremo.

Pero el proceso respecto a la autoridad de las Escrituras que se ha desarrollado en la Iglesia Romana, no es casual, pues repetidamente en la historia de casi 20 siglos hubo cristianos que, impresionados por determinados razonamientos o descubrimientos, introdujeron en las Escrituras explicaciones que esencialmente están en contradicción con la Palabra de Dios.

Un claro ejemplo de esto lo tenemos en los **arminianos** (siglo XVI y XVII), los cuales se escandalizaron de lo que ellos consideraban juicio severo al referirse a la doctrina de la elección, y enseñaron la doctrina del libre **albedrío**. Esto último significaba para ellos, que la gracia puede ser resistida, y que los creyentes pueden prevaricar. Este **arminianismo** aún sigue con vida, y ofrece una dura resistencia en muchas iglesias cristianas.

Otro ejemplo de ideas secularizadas que injustamente son introducidas en la iglesia, es el criterio o pensamiento democrático, llegándose, pues, a decir que en la iglesia todo

debe discurrir *democráticamente*. Así, los cristianos deben tener *voz y voto*, y se debe votar sobre toda clase de asuntos. Además, se lucha por la emancipación de la mujer -¡también en la iglesia!-, pues, ¡todos somos iguales!

Es claro que respecto a este punto como sobre otros problemas casi nunca se puede hablar tranquila y seriamente, porque en estos tiempos los sentimientos enseguida van a jugar un papel importante. Pero la seguridad y firmeza del modo de pronunciarse al respecto en las Escrituras no concuerda con nuestras emociones.

Así, por ejemplo, aquello de que "el hombre es cabeza de la mujer" (cf. Ef. 5: 23), propiamente hablando, no debía estar en la Biblia, y en modo alguno, que "las mujeres estén sujetas a sus propios maridos como al Señor". ¡Que gran conquista sería si nosotros los cristianos llegásemos a ver y comprender que las mutuas relaciones dadas por Dios, sólo pueden servir para nuestra propia ruina si las alteramos.

Por tanto, al hablar de la autoridad de la Biblia no se trata de "doctrina" o dogmas. Se trata de obediencia a Dios por causa de nuestra propia vida, así de práctica y concretamente.

Cuando nos dispongamos a ver las cosas de este modo, entonces aprenderemos a leer las Escrituras con otro espíritu, y descubriremos que cada una de sus páginas nos habla de anuncio de vida y de autoridad que Dios nuestro SEÑOR ha establecido para nuestra salvación.